

LENGUA Y SOCIEDAD

TEXTO 1

En el "Buzón" de este suplemento una joven de Logroño se quejó de mi empleo de la palabra inglesa *killer* en un artículo, en lugar de la española "asesino", y un joven de Erandio defendió en cambio su uso alegando que yo me había limitado a seguir ciertas costumbres admitidas en muchos países. Como a ninguno le faltaba algo de razón, pero a la vez ninguno estaba del todo en lo cierto, quizá no esté de más que tercié y explique mis crinos al respecto. Al fin y al cabo, no hace muchos años fui profesor de Teoría de la Traducción en tres países diferentes, y puede que alguna autoridad me quede en estas materias.

Es verdad que es ridículo recurrir a palabras extranjeras cuando ya tienen un equivalente exacto en español, sobre todo si con aquéllas tampoco se gana en facilidad ni comodidad. Hablar de "*esponsorización*" para referirse a lo que siempre hemos llamado "*patrocinio*" es no sólo estúpido, sino engorroso y feo; la acuñación es larga y torpe. Tampoco tiene sentido decir el *staff* para denominar al "personal" de una empresa o al "Estado Mayor" de un ejército, según el contexto. Pero éste no es el caso del sustantivo *killer*.

Para "asesino" existen en inglés otras dos palabras, *murderer* y *assassin*, la primera más común y verdadero equivalente de nuestro "asesino". Un *killer* lo es también, desde luego, pero con un matiz que no recoge nuestro vocablo. De un hombre que haya envenenado a su mujer subrepticamente se diría que es un *murderer*, pero nunca un *killer*, que se reserva para quienes matan de manera abierta y sin disimulo; un desesperado o un maniaco, como *assassin* se guarda para el que mata por encargo, el asesino a sueldo. Para traducir *killer* etimológicamente deberíamos buscar algo así como "matador", pero esa palabra está ya ocupada en nuestra lengua por otro significado. De ahí de lo conocida que es ya la expresión incluso entre gente que no sabe inglés que yo me permitiera emplearla para describir el aspecto que yo mismo, había ofrecido, a mi parecer, en unas fotos.

Pero la cuestión va más allá, y es posible que un día escribamos "quíler" en español sin el menor problema ni la menor conciencia de su origen extranjero. Ya lo hacemos con palabras recientes y en principio innecesarias, como "líder", adaptación del inglés *leader* que contaba ya con sus equivalentes en "jefe", "cabecilla" o "guía", según los casos. Hay ejemplos a la inversa: al inglés le hemos devuelto *guerilla* (con una sola *r*), y en el sur de los Estados Unidos . existe *hoosegow* para denominar la cárcel, y si es difícil reconocer su origen al verla escrita, no lo es tanto al pronunciarla: como un andaluz o un mexicano dirían "juzgado", esto es, "juzgao "

.Las lenguas varían continuamente, se pernean y se mezclan unas a otras, y así se enriquecen. No hay que ser muy purista. Nadie decide sobre ellas, sino que serán siempre ellas mismas las que incorporen o rechacen los neologismos a través de sus hablantes. Esos hablantes tienen además oído, y transforman a su gusto y conveniencia lo que les llega de fuera pero les es útil. En Londres hay un lugar que se llama Elephant & Castle, "Elefante y Castillo", una combinación más bien absurda. Pero es que así les sonó a los ingleses "La Infanta de Castilla", cuando ésta fue a casarse con uno de sus reyes. En España, por su parte, uno de los aspirantes al trono que finalmente ocupó Felipe V (creo) se llamaba Hohenzollern-Sigmaringen, algo en verdad difícil de pasar por nuestros oídos. El de nuestros antepasados, sin embargo, resolvió pronto el problema, y con ingenio y gracejo: aquel príncipe pasó a ser conocido en seguida, y muy adecuadamente, como "Ole ole si me eligen". *Javier Marias*